

HOMILÍA DEL PAPA EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS Domingo, 24 de mayo de 2015

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo... recibid el Espíritu Santo (Jn 20, 21.22), así dice Jesús. La efusión que se dio en la tarde de la resurrección se repite en el día de Pentecostés, reforzada por extraordinarias manifestaciones exteriores. La tarde de Pascua Jesús se aparece a sus discípulos y sopla sobre ellos su Espíritu (cf. Jn 20,22); en la mañana de Pentecostés la efusión se produce de manera ruidosa, como un viento que se abate impetuoso sobre la casa e irrumpe en las mentes y corazones de los Apóstoles. En consecuencia reciben una energía tal que los empuja a anunciar en varios idiomas el evento de la resurrección de Cristo: *Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas* (Hch 2,4). Junto a ellos estaba María, la Madre de Jesús, la primera discípula, y allí Madre de la Iglesia naciente. Con su paz, su sonrisa y su maternidad, acompañaba el gozo de la joven Esposa, la Iglesia de Jesús.

La Palabra de Dios, hoy de modo especial, nos dice que el Espíritu actúa, en las personas y en las comunidades que están colmadas de él, las hace capaces de recibir a Dios, *capax Dei*, dicen los Santos Padres. ¿Qué es lo que hace el Espíritu Santo mediante la nueva capacidad que nos da? Guía hasta la verdad plena (Jn 16,13), renueva la tierra (Sal 103) y da sus frutos (Ga 5,22-23). *Guía, renueva y fructifica*.

En el Evangelio, Jesús promete a sus discípulos que, cuando vuelva al Padre, vendrá el Espíritu Santo que les *guiará hasta la verdad plena* (Jn 16,13). Lo llama precisamente *Espíritu de la verdad* y les explica que su acción será introducirles cada vez más en la comprensión de lo que él, el Mesías, dijo e hizo, en particular de su muerte y resurrección. A los Apóstoles, incapaces de soportar el escándalo de la pasión de su Maestro, el Espíritu les dará una nueva clave de lectura para introducirles en la verdad y belleza de la salvación. Estos hombres, antes asustados y paralizados, encerrados en el cenáculo para evitar las consecuencias del Viernes Santo, ya no se avergonzarán de ser discípulos de Cristo, ni temblarán ante los tribunales humanos. Gracias al Espíritu Santo del que están llenos, comprenden *toda la verdad*, esto es: que la muerte de Jesús no es su derrota, sino expresión extrema del amor de Dios. Amor que, en la Resurrección, vence a la muerte y exalta a Jesús como el Viviente, el Señor, el Redentor del hombre, el Señor de la historia y del mundo. Y esta realidad, de la que son testigos, se convierte en Buena Noticia que se debe anunciar a todos.

El Espíritu Santo renueva —guía y renueva— la tierra. El Salmo dice: *Envías tu espíritu... y repueblas la faz tierra* (Sal 103,30). El relato de los Hechos de los Apóstoles sobre el nacimiento de la Iglesia encuentra una correspondencia significativa en este salmo, que es una gran alabanza a Dios Creador. El Espíritu Santo que Cristo envió desde el Padre, y el Espíritu Creador que da vida a cada cosa, son uno y el mismo. Por eso, el respeto de la creación es una exigencia de nuestra fe: el *jardín* en el que vivimos no se nos ha confiado para que abusemos de él, sino *para que lo cultivemos y lo custodiemos* con respeto (cf. Gn 2,15). Pero eso es posible solamente si Adán —el hombre formado con tierra— se deja a su vez renovar por el Espíritu Santo, si se deja reformar por el Padre según el modelo de Cristo, nuevo Adán. Entonces sí, renovados por el Espíritu, podemos vivir la libertad de los hijos en armonía con toda la creación, y en cada criatura podemos reconocer un reflejo de la gloria del

Creador, como afirma otro salmo: *¡Señor, Dios nuestro, que admirable es tu nombre en toda la tierra!* (Sal 8,2.10). Guía, renueva y fruto.

En la carta a los Gálatas, san Pablo vuelve a mostrar cual es el *fruto* que se manifiesta en la vida de los que caminan según el Espíritu (cf. 5,22). Por un lado está la *carne*, acompañada por sus vicios, que el Apóstol nombra, y son las obras del hombre egoísta, cerrado a la acción de la gracia de Dios. En cambio, en el hombre que con fe deja que el Espíritu de Dios irrumpa en él, florecen los dones divinos, resumidos en las nueve virtudes gozosas que Pablo llama *frutos del Espíritu*. De aquí la llamada, repetida al inicio y al final, como un programa de vida: *Caminad según el Espíritu* (Ga 5,16.25).

El mundo tiene necesidad de hombres y mujeres no cerrados, sino llenos del Espíritu Santo. Estar cerrados al Espíritu Santo no es solo falta de libertad, sino también pecado. Existen muchos modos de cerrarse al Espíritu Santo. En el egoísmo del propio interés, en el legalismo rígido —como la actitud de los doctores de la ley que Jesús llama hipócritas—, en la falta de memoria de todo lo que Jesús enseñó, en vivir la vida cristiana no como servicio sino como interés personal, entre otras cosas. En cambio, el mundo tiene necesidad de la valentía, la esperanza, la fe y la perseverancia de los discípulos de Cristo. El mundo necesita los frutos, los dones del Espíritu Santo, como enumera san Pablo: *amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí* (Ga 5,22). El don del Espíritu Santo ha sido dado en abundancia a la Iglesia y a cada uno de nosotros, para que podamos vivir con fe genuina y caridad activa, para que podamos difundir la semilla de la reconciliación y la paz. Reforzados por el Espíritu Santo —que guía, nos guía a la verdad, que nos renueva a nosotros y a toda la tierra, y que nos da los frutos—, reforzados en el Espíritu y por estos múltiples dones, llegamos a ser capaces de luchar, sin concesión alguna, contra el pecado, de luchar, sin concesión alguna, contra la corrupción que, día a día, se extiende cada vez más en el mundo, y de dedicarnos con paciente perseverancia a las obras de la justicia y de la paz.